

Convento de la Rabida.

## LA RABIDA.

Era una fresca y apacible mañana de abril, y soplaba blandamente la brisa de los mares en las tendidas lonas de los pequeños buques, que se aprestaban á abandonar el abrigado puerto de Moguer, cargados de riquísimos vinos para la opulenta Albión; cuando en una barca de cuatro remos, en que bogaban difícilmente dos ancianos pescadores, me embarqué acompañado de dos amigos míos, que deseosos coal yo, de visitar el monumento que sirve de epigrafe á este artículo, tenían resuelto consagrar un día entero á romería semejante. Habíamos visitado juntos la iglesia del convento de Santa Clara, en donde es fama que oró Colon la tarde antes de emprender su inmortal viaje y el día despues de su vuelta de América; y con el respeto y el entusiasmo en el corazón dirijimos tambien nuestras plegarias por la quietud de su alma en el mismo lugar en que él se había reclinado por aquellas memorables épocas. Conocido ya el sitio de la oracion, faltábanos visitar el puerto, en donde se habían fabricado las carabelas que dieron á España un nuevo mundo; de donde habían partido, llevando en pos de sí las burlas de unos y la admiración de otros; y finalmente el apacible retiro, en que había encontrado abrigo el sábio genovés, en que habían sido comprendidas por primera vez sus teorías, y en que satisfecho de hallar en España quien le oyera y alentara, había hecho firme propósito de arrostrar toda clase de obstáculos, yendo á la corte de los reyes católicos con cartas para Hernando de Antequera, confesor entonces de la reina doña Isabel.

Comenzaba ya el sol á tenderse sobre la tierra, riellando en las aguas que se quebran en mil alegres cambiantes, y volaban sobre nuestras cabezas las blancas ánades, y otras aves marítimas, que poblaban aquellos contornos, saludando con sus desapacibles graznidos tan hermoso día; y al llegar á la confluencia del Tinto y del Odiel, nos vimos en medio del anchuroso canal, cuya corriente parecia haber estado convidándonos para la meditada empresa. Embriados con los recuerdos que despertaban en nosotros aquellas riberas, creíamos hallar á cada paso en los másti-

cos y lándes, que pasaban á nuestro lado, una de aquellas famosas carabelas, y pensábamos ver sentado en su popa á Cristóbal Colon, que unas veces volvia triunfante del nuevo mundo, y otras se dirigia al Océano, sediento de gloria y lleno el pecho de sublimes esperanzas.

Como nuestra barca adelantaba lentamente, y el viento empujaba con rapidez las demas embarcaciones, parecías nos que pasaban delante de nuestros ojos por arte de encantamiento, como en un vistoso panorama.—Dos horas navegamos en esta forma, escuchando solamente el ruido de las olas, alteradas algun tanto por las brisas y el golpear monótono de los remos, cuyos dueños tanto se cuidaban de Colon y del nuevo mundo, como de los conquistados del virey de Egipto; al cabo de las cuales avistamos en la ribera izquierda y en una especie de ensenada un pueblo de corta estension, que saludaron nuestros marineros con el nombre de Palos. Grande fué la sensacion que todos experimentamos al escuchar invocacion semejante, recordando cada cual una tradicion de las muchas que guarda aquella villa, ahora casi desierta, mas rica y populosa en otro tiempo.—Ocurrióseme si existirian algunos vestigios de la antigua *Olintigi*, mencionada por Pomponio Mela, y deseaba ya verme en tierra para saciar mi nuevo deseo, si bien no era de este parecer uno de mis dos amigos, el cual, decididamente asentaba con Festa Hufo Ayieno, que correspondía á la *Palus Etrephæ* de los romanos, y para corroborar su opinion recitaba unos versos del mismo autor, que si mal no recuerdo son los siguientes:

.....*Multa propter est Palus  
Etrephæ dista: quæ et Herbi civitas  
Stetit fertur his locis prius die,  
Quæ prætorum absentia tempestivus,  
Fumum, atque nomen sola reliquit cepiste.*

Llegamos, por fin, á la orilla, y saltamos en tierra en hombros de nuestros marineros, por ser muy peligrosa el andar por aquellos esteros y almarjales á los que no tienen de ellos experiencia. Todas las ilusiones que había concebido desde mi barquilla, desaparecieron entonces de un solo golpe.—Palos era un pueblo que no conservaba á la vista monumento alguno por donde yo pudiera sostentar mi opinion, y reducido á un corto número de casas de

poco valer presentaba un aspecto, bastante desagradable, capaz de causar pena al mismo Demócrito.

Nuestro primer cuidado fué, no obstante, dirigirnos á la iglesia parroquial; por ver si en ella podíamos descubrir algun vestigio, que como el hilo de Teseo, nos diera luz en el laberinto de dudas que habian nacido en nosotros con la contemplacion de la casi arruinada villa. Pero ni la iglesia pudo servirnos de guía porque su construccion se remontaba cuando mas al siglo XIV, á juzgar por el carácter de su arquitectura, ni hallamos en ella monumento alguno que prestara interés á la historia ni á las artes. Preguntamos despues por la casa en qua habia vivido el fisico Garcé Fernandez, que tanta parte tuvo en la noble determinacion de fray Juan Perez de Marchena, y tampoco logramos una respuesta satisfactoria, ni del cura párroco ni de otros religiosos, únicas personas que por otra parte oyeron sin extrañeza nuestra demanda. Desesperados ya y cansados de dar vueltas inútilmente, nos disponiamos á volver á la barquilla, cuando nuestra buena suerte quiso depararnos un jóven religioso, que habia profesado en la *Rábida*, é informado de nuestros deseos, se ofreció espontáneamente á acompañarnos, no sin proveerse antes de un libro forrado de pergamino, que no pudo menos de llamar nuestra atencion vivamente.

Tornamos, pues, á nuestro barco, y á poco tiempo divisamos sobre una mansa colina un edificio de pobre y modesto aspecto, al cual estaban amenazando de consuno la mano del tiempo y la impiedad de los hombres. Este edificio era la *Rábida*. Mientras cortaba nuestra barquilla, á impulso de los remos, el corto espacio que de aquella colina nos separaba, abrió nuestro compañero su misterioso libro y comenzó á leernos algunas noticias relativas á la historia del convento, que nos fueron entonces de todo punto agradables, y que por parecernos ahora muy curiosas referiremos en este sitio.

La fundacion de la *Rábida* se remontaba, segun aquel manuscrito, hallado en el archivo del convento, casi tanto como nuestra era vulgar; siendo debido á un gobernador de Palos, llamado *Terreum*, hombre cruelísimo y gran valido del emperador Ulpio Trajano. Añadiase, que habiendo muerto una hija de aquel César y deseando *Terreum* darle una muestra de gratitud, mandó levantar un templo en su honor, dedicándole á Proserpina, cuyo nombre llevaba. Consumió en la obra cerca de tres años, al cabo de los cuales, concluido el edificio enteramente, hizo colocar la estatua de la diosa, que era de piedra, sobre un peñas de oro, plata y bronce, señalando el dia 2 de febrero para celebrar una solemne fiesta en via de aniversario, fiesta á que concurrían todas las doncellas de los contornos, muchas de las cuales eran sacrificadas en las aras de la impalpable diosa. La descripcion de esta celebracion es tan rara é interesante, que no he podido resistir á la tentacion de trasladarla tal como en el referido manuscrito se encuentra.

«En el dia primero de febrero por la tarde, dice, juntábanse todas las doncellas acompañadas de los sacerdotes y justicias, con gran número de gentes en el lugar destinado para el sacrificio ó degollacion que era el que hoy se llama *Prado de Alcalá*, hacia el oriente, quinze pasos desviado del camino, que al templo conducia, cerca de la corriente del agua para que esta se llevase la sangre de las victimas y para que bebiesen de ella los demas, con el objeto de curar sus enfermedades, santificarse y preservarse de los males venideros. Reunidas, pues, todas las doncellas, echábanse snertes y aquellas á quienes tocaban eran degolladas y reputadas por santas. Ejecutában esta degollacion las personas mas allegadas á las victimas ó de mas dignidad en la comarca, y concluida tan horrible ceremonia, encendian velas amarillas y formando dos hileras cantón á las fiestas habian asistido, se dirigian al templo, que estaba adornado santuosamente, con grande regocijo y entusiasmo conduciendo los cadáveres, como en triunfo, hasta la misma ara de Proserpina. Respetaban por el espacio de quinze dias estas mismas escenas, y haciendo en los últimos ricos presentes al templo, se despedían de él con grandes llantos y muestras de inconsolesable tristeza.»

Esta relacion y la circunstancia de tener *Palos* un gobernador tan favorito de un César, me aseguraron en mi primera opinion de haber sido aquella villa la antigua *Onitipi*, poblacion harta rica y famosa, para que no de-

sen de interesar sus recuerdos y sus ruinas. Pero á vista ya de la *Rábida*, no hubo tiempo de pensar en otra cosa. Tuvo este templo en su principio forma de castillo, siendo tan sólida su construccion como las que son hoy conocidas con el título de á prueba de bomba. Constaba el grueso de sus muros de seis pies, de noventa y seis la longitud del santuario, treinta su latitud y sesenta su elevacion desde el pavimento hasta las bóvedas. En el año 51 de su fundacion, que debe corresponder al 100 de la venida de Cristo, extendida algun tanto por las regiones occidentales la religion católica, algunos nobles de Palos llamaron á un sacerdote sevillano, nombrado Siviaco, para que los iniciase en los misterios cristianos. Acudió aquel con grande solicitud al llamamiento de los nobles, y despues de catequizar y bautizar muchos de los moradores de aquella poblacion, obtuvo permiso del gobernador romano para bendecir el templo de Proserpina, consagrándolo á *Jesus* y á *su divina Madre*. Permaneció desde entonces dedicado al culto cristiano, hasta que conquistada por los árabes toda esta parte de Andalucía, lo erigieron en mezquita dándole el nombre de *Rábida* por la belleza del lugar; nombre que conserva todavia y que equivale á *Eremitario* ó sitio solitario y sagrado.

Poco tiempo estuvo consagrado este templo á mezquita: la tolerancia de los árabes en materia de religion, por mas que hayun dicho algunos escritores lo contrario, contribuyó á sacarlo de aquel uso para restituirlo al culto del cristianismo. Ptolomeo y Teodoro, dos mozárabes que habian adquirido por sus virtudes el aprecio de los moros, propusieron al gobernador de Palos que si intercedía con su rey para que les cediese el templo mencionado, se obligarian ellos á pagar en tributo cinco monedas de plata por cada uno de los cristianos que á él concurriesen, en tanto para el monarca y una para el referido gobernador, por via de gaje y de remuneracion del valimiento que invocaban. Oyó el rey con ánimo propicio esta propuesta, y accedió á la súplica de Ptolomeo y de Teodoro, volviendo á resonar en el recinto de la *Rábida* los sublimes himnos, dedicados por la iglesia á cantar los altos misterios de la religion, sellada con la sangre de Cristo sobre el Gólgota.

Cuando á fines del siglo XIII cayó la ciudad de Niebla con todo su condado en poder de D. Alonso, á quien ha conocido su posteridad con el glorioso renombre de *Sabia*, tomaron los caballeros del Temple posesion de algunos castillos y ciudades en el territorio conquistado de los sarracenos y se apoderaron tambien de la *Rábida*, cuya situacion era muy favorable al género de la guerra conocida en aquella época. Con los nuevos dominadores adquirió otro aspecto el lugar solitario y sagrado de los musulmanes y el antiguo templo de los cristianos. Agregáronsele nuevos departamentos, que llevaron desde luego el carácter de una casa fuerte, cuyas almenas manifestaban qua era morada de guerreros, y al pacífico culto de la religion vinieron á mezclarse el estruendo de las armas y el relincho de los caballos. Pero muy en breve volvieron á enmudecer aquellos contornos, tan acostumbrados al silencio: airado Felipe, el Hermoso, contra los Templarios por causas ajenas de este artículo, y anatematizados por la bula de Clemente V lanzada en 1312, fueron tambien estinguidos en España y tuvieron que abandonar la *Rábida* á los veinte y cuatro años de haber tomado posesion de ella. Vinieron á habitarla despues religiosos *conventuales*, en cuyo poder estuvo hasta mediados del siglo XV, época en que pasó al de los *observantes* por bula de Eugenio VI, permaneciendo estos en ella hasta la extincion de todos los regulares verificada en el año de 1833.

No bien habíamos acabado de escuchar estas importantes noticias, que hemos añadido á ilustrado algun tanto al transcribirlas á nuestros lectores, cuando entró nuestro barco en la ensenada, que besa la colina sobre que está asentada la *Rábida*, y nos vimos á pocos instantes al plé de aquel edificio, que no pudimos menos de mirar sobrecogidos de admiracion y de respeto. Estábamos en el mismo sitio que habia pisado el descubridor del nuevo mundo; á donde habia llegado pobre, abatido, burlado de unos y compadecido de otros, con el convencimiento de la ciencia y la fé en el corazon; donde habia pedido pan y agua para su primer hijo, á quien veia desfallecer en sus brazos, y á donde á la piedad cristiana habia sucedido la curiosidad, y á la curiosidad la comprension baj proyecto mas jigantesco que habian visto los siglos.



Al llegar á la portería, situada al oriente del edificio, parecióme ver al entendido fray Juan Perez, que con rostro afable y aire escudriñador examinaba al noble extranjero que, vistiendo un justillo rojo, un manto de lana pardo de mangotes y capilla, cubriendo su cabeza un birrete de velludo y calzando unas botas portuguesas, traía á su espalda un zurrón, en donde guardaba un pequeño astrolabio, unos pergaminos y una brújula marina. Era su frente despejada, su vista penetrante, agulleña su nariz y muy expresiva su boca. Su estatura era proporcionada, y su edad rayaba apenas en los cuarenta y ocho años. Así se pintaban en mi mente aquellos dos célebres personajes, que el cielo juntó en buen hora para gloria de España y eterna fama de sus nombres.

Pero mis compañeros de viaje, que mas curiosos ó menos preocupados que yo de aquella idea, deseaban vivamente examinar el interior del edificio, me obligaron á seguirlos mal mi grado, y nos hallamos, despues de pasar por algunos corredores casi derruidos, en la iglesia, cuyas bóvedas habian recogido los fervorosos votos de Colon y los cantos sublimes á que habia mezclado su acento durante su permanencia en la Rábida. La iglesia constaba de una sola nave de mas reducidas dimensiones que las señaladas al templo antiguo: en su cabecera se veía aun un retablo pobre y modesto, y casi á los lados del presbiterio dos altares consagrados á *San José* y á *San Antonio*, de los cuales habian ya desaparecido los objetos que les servian de ornato. Algunos libros de coro abiertos y derramados por el suelo, de donde habian sido arrancados las viñetas de miniatura, que en otro tiempo los decoraron, algunos

volúmenes de obras sagradas rotos y comidos de ratones... hé aquí cuanto se conservaba en aquel recinto, que en otras naciones recibiría el culto de la admiración y de la veneración mas profundas.

Bien hubiera querido volverme á la barquilla que nos habia conducido hasta aquel sitio, para tener al menos el consuelo de contemplar desde lejos un monumento tan amargamente abandonado. Mas deseoso de calmar algun tanto el sentimiento que experimentaba, traté de registrar lo restante del edificio, y ocurrióseme visitar la celda, que habia servido de morada á fray Juan Perez de Marchena, sospechando que encontraría tal vez en ella motivo para templar mi enojo. No me engañaba en efecto: la celda del ilustre guardian, del insigne amigo de Cristóbal Colon, aunque abandonada y solitaria, aunque próxima á desaparecer entre escombros, conservaba aun algunos vestigios de lo que fuera. Su techumbre, si bien no podia llamarse rica, daba muestras de haber sido bastante bella y apreciable: las vistas que desde sus balcones se gozaban, eran encantadoras. — Al occidente la villa de Huelva, tendida en la playa, al mediodía el Océano con sus cien torres, que de trecho en trecho le sirven de atalaya y defensa. — Cuando pude recoger mi imaginacion, se me representó la sublime escena del almuerzo, en que el ilustre guardian, adivinando en parte el atrevido pensamiento de Colon, le habia invitado á explicarle sus teorías. — Allí estaba Garcí Fernandez con su ropilla de estezado, sus calzas de estameña con su capa de pardo monte y su sombrero de alas largas, pintadas en su rostro la sagacidad y la malicia; allí el anciano mareante Pedro Velasco, cuyos viajes eran la fábula de toda la co-



Almuerzo dado á Colon por fray Juan Perez de Marchena.

marca, allí Cristóbal Colon rebotando en su rostro la alegría y el mas puro entusiasmo, al explicar sobre sus pergaminos tan inaudito sistema; allí fray Juan Perez pasmado al escuchar sus raras y nuevas esplicaciones, y hasta el loco, que habia recibido al celebrísimo nauta en la portería, mientras el tierno infante se entretenía en jugar con los adminículos que el zurrón de su padre encerraba. — En aquel momento no pude menos de recordar el magnífico pasaje que en *Los recuerdos de un grande hombre*, escritos por mi querido amigo; el Excmo. Sr. D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, habia leído pocos dias antes, pasaje que me veo obligado á trasladar á este sitio:

Fué bastante haber tocado  
con sagacidad la tecla:  
la facilidad verbosa  
del genovés se despliega.  
Y con aquellas razones  
de convencimiento llenas,  
con que se siente y sostiene  
lo que se sabe de veras,  
sus inspiraciones pinta,  
sus observaciones cuenta,  
su sistema desenvuelve,  
sus proyectos manifiesta.  
Recorre á sus pergaminos,

los desarrolla, y enseña  
cartas que él mismo ha trazado  
de navegar, mas tan nuevas,  
y segun él las explica  
en cosmográfica ciencia  
demostrándose eminente,  
tan seguras y tan ciertas,  
que el pasmo del religioso  
y su decision aumentan,  
mientras al médico encantan,  
le convencen y embelesan.  
De aquel ente extraordinario  
crece la sabia elocuencia,  
notando que es comprendido,  
y de entusiasmo se llena.  
Se agrandan, brillan sus ojos,  
cual rutilantes estrellas,  
brotan sus labios un rio  
de científicas ideas:  
no es ya un mortal, es un ángel,  
de Dios un nuncio en la tierra,  
un reluciente destello  
de la sábia Omnipotencia.

Con harto dolor no sigo copiando este soberbio ramauce: mis compañeros de viaje habian encontrado en las pu-

redes de la celda algunas inscripciones escritas en diferentes idiomas y llamaron mi atención sobre ellas. Todas se dirigían á ensalzar y bendecir al entendido religioso, que tan benignamente acogió al descubridor del nuevo mundo, todas eran debidas á un momento de entusiasmo. Entre ellas había no pocas españolas y algunos versos, que no nos parecieron despreciables: en la pared del lado de occidente se veía escrito:

«Un pensamiento colosal abriga  
el gran Marchena y de entusiasmo lleno  
con dulce ruego al genovés obliga  
á que del gran Fernando el otro siga.»

En la de mediodía leímos:

«La antorcha de la fé brilló luciente  
por Marchena en las playas de Occidente.»

Estos recuerdos no podían ser más gratos para quienes, llevados de un sentimiento patriótico, visitaban aquel monumento ya casi reducido á lamentosas ruinas.—Después de examinar esta celda, quisimos ver el sitio en que había pasado Colón algunas horas, embobado en sus dorados sueños.—Subimos, pues, al mirador que dá vista al mediodía, y desde él descubrimos de un lado al anchuroso Atlántico, cuyas poderosas ondas venían á romperse, cargadas de espumas, en las pedregosas playas; de otro un hermoso y apacible paisaje, que despertaba en la imaginación las más poéticas ideas.—También había sido este lugar consagrado por la tradición y el respeto: también conservaban sus muros leyendas, hijas del más tierno afecto y del más vivo entusiasmo, leyendas que trasladaría aquí, si no me aquejara el temor de ser demasiado prolijo; pero copiados ya algunos versos de la celda de fray Juan Pérez, justo creo el no pasar en silencio los que nos parecieron más notables en el mirador, que son los siguientes:

«Duerme, Rábida arruinada,  
con tus peñascos grandiosos,  
con tus recuerdos gloriosos  
en mi patria dignificada!»

Inmediatos al ángulo de la derecha se leen estos:

«Mi pasado admirador, Colón, recibe  
y glorioso en la tumba eterno vive.»

Restábanos ver si conservaba la Rábida algunos vestigios de su fundación primitiva, y recorrimos en este empeño la mayor parte de sus habitaciones y departamentos. La mano de los siglos había pasado alternativamente sobre ella, imprimiéndole el sello de cada cual, y dándole un carácter vago, que bastaba, no obstante, para conocer su historia, escrita en aquellos muros con la más sublime elocuencia. Aun se conservaban algunas almenas, que revelaban la dominación de los Templarios; aun en sus claustros se veían algunos arcos que eran parte de otras épocas posteriores y de otros dueños menos orgullosos, notándose por un azulejo que existía en su patio principal que había sido restaurado en 1804; pero todo en un estado triste, todo anunciando ruina. Encontramos, al fin, una media naranja de construcción fortísima y ahogada casi enteramente por varias paredes y tabiques construidos en su alrededor, no quedándonos ya duda alguna sobre las noticias que habíamos recogido del mencionado manuscrito. Esta media naranja era indudablemente del templo de Proserpina.

Examinada ya la Rábida, cuyas recuerdos habían producido en nosotros una sensación tan profunda, al compararlos con su miserable estado, nos pareció oportuno recorrer los lugares, en que habían sido bendecidas las dos carabelas expedicionarias en 30 de abril de 1492, y de donde se habían dado á la vela en 3 de agosto del propio año. Bajamos, pues, en dirección al occidente sobre el canal, y llegamos á un brazo que se entra en la colina hacia la parte del mediodía, el cual es conocido con el nombre de *Domingo Gordo*, desde el día de la bendición de aquellas carabelas. Verificóse esta ceremonia el *Domingo de Pascua de Resurrección*, y acudieron á ella todos los moradores de Palos, que asustados unos, y llenos otros de entusiasmo, corrían todos á contemplar aquel hombre extraordinario, á quien las preocupaciones presentaban ya como un ángel ó un mago, ya como un demonio.—Allí había estado Colón, almirante ya de las Indias, allí Marchena, bendiciendo lleno de gozo la alta empresa que había emprendido con sus consejos, allí Garcil-Fernandez,

allí Piozon, allí Pedro de Velasco, y finalmente, citando más ilustre abrigaban entonces aquellas poblaciones litorales.

Entramos de nuevo en nuestra barquilla, que habían acertado nuestros pescadores á *Domingo Gordo*, y dirigiémos la proa hacia la barca de *Saltes*, de donde, como dejamos insinuado, partió la pequeña escuadra de Cristóbal Colón, compuesta de dos corabelas y una sola galeota, siete años después de su primera llegada á la Rábida. Nada encontramos en aquel islote que recordase tan memorable acontecimiento; y dimos por esta causa la vuelta, encaminándonos á Moguer, no sin dejar antes en Palos al entendido don José Vela, que este era el nombre del joven religioso que se había prestado tan noblemente á acompañarnos.

Al separarnos de aquellos lugares no pudimos menos de hacer los más fervientes votos porque atendiese el gobierno aquel monumento venerable, pareciéndonos que el destino más propio que pudiera dársele era el de consagrarlo á *casa de refugio* de nuestros marinos inutilizados en campaña. Estos mismos votos repito ahora á cien leguas de distancia de la Rábida. Quiera Dios que no sean vanas mis esperanzas (1).

José AMADOR DE LOS RÍOS.

## UN TESTAMENTO FALSO.

(Conclusión.)

Esta contrariedad debía trastornarme naturalmente el ánimo; mas no habiendo dado felizmente los oficiales de justicia con Basset, abandoné la ciudad dos días después, y huyéndome el país todo ocupado en los preparativos para resistir á la Armada, me agregué á las fuerzas reunidas en el fuerte de Tilbury, bajo el mando del conde de Leicester. Si hubiera podido pasarme á los españoles, sin oposición, lo hubiera hecho. Mas de todos modos, traté de oficiar me con el ruido del campo, y con la monótona pompa de la guerra, de los horribles atentados en que había tenido tal participación; pero esto me era imposible. Todo cuanto llenaba de entusiasmo á los que me rodeaban carecía de interés para mí. El espectáculo glorioso de una reina poniéndose á la cabeza de sus ejércitos en un campo de batalla, y recorriendo las filas para exhortar á los soldados, recordándoles lo que debían á su país, y manifestándoles su ánimo de conducirlos ella misma al enemigo, y de morir antes que sobrevivir á la ruina y á la esclavitud de su pueblo, todo esto pasaba desapercibido para un desdichado, cuyos noches y cuyos días corrían en la agonía de los remordimientos. El estrépito mismo del combate, el desorden y la confusión que acompañaron á la destrucción de la flota, los ayes de los moribundos, los gritos de la victoria, el cañon tronando y vomitando la muerte, todo, todo pasó para mí desapercibido. Recorría el puente de mi navío, y aun abordé al enemigo siempre con la sombra cadavérica de Marstonk delante de mi vista, á cualquiera parte que la tornase, de tal modo que tuve que tomar muchas veces la determinación de declararme á la vuelta de la flota, de confesar lo criminal de mi existencia entera, y acabar en la hora mi carrera de maldades.

—Y ¿á qué altura se encuentra en la actualidad este negoció, interrogó Oldcraft, que se tomaba á la sazón un vivísimo interés en la narración de su colega. Habla, habla pronto. Acabas de decir que todo se hallaba aventado. ¿Te asiste alguna razón para creerlo así?

—Solo la noticia que recibí ayer, respondió Greville, antes de dejar á Londres en donde me tenía oculto. He sabido que Basset acababa de ser arrebatado en Faversham, y conducido á la cárcel como acusado del asesinato de Neb. Inmediatamente me he puesto en fuga, y hé aquí como me tenéis reducido al último extremo.»

El criminal, cubriéndose el rostro con ambas manos,

(1) Después de escrito este artículo he sabido que la diputación provincial trata de destinar la Rábida á lazareto, y que el jefe político, abundando en la misma idea que nosotros, ha propuesto al gobierno erigirla en *casa de refugio* de marinos inutilizados en campaña, que podrán prestar allí eminentes servicios.

prorumpió en mal contenidos sollozos después de su espantosa narración. En la agitación de sus remordimientos, se dirigió á su camarata: mas tranquilo y sin duda alguna mas endurecido que él, para detandarle consejo.

—«Consuélame, Oldcraft, esclamo, porque siento un pesar tan fuerte, la mano del cielo sobre mí, que no puedo vivir bajo la carga de mis crímenes. La muerte parece que aploma mi cabeza, y no obstante, no puedo morir; pero creo percibir el olor de la muerte aun dentro de esta estancia en que nos hallamos; no parece sino que es esta mi sepultura.»

—«Tus palabras son proféticas, dijo Oldcraft adelantando el brazo derecho, y descargándole á Greville una de sus propias pistolas en mitad del pecho, y atravesándole los pulmones; tan á boca de jarro había sido el tiro. Tus palabras son proféticas, insensato, porque esta es la sepultura!»

La desgraciada víctima dejó escapar un grito; la hirviente sangre salió á grandes borbotones, y cayó de frente inanimado. Su verdugo, poniéndose entonces de pie, lanzó la pipa al extremo opuesto de la estancia.

—«A la verdad que ya era tiempo de velar á este idiota, exclamó precipitándose sobre el cadáver palpitante; y volviéndolo sobre la espalda para registrar los bolsillos de su casaca y apoderarse de sus papeles, arrojándolos inmediatamente en el fuego sin examinarlos. Ya era tiempo de parar la lengua de este florón, ó me hubiera visto comprometido hasta por cima de los pelos, á causa de sus infernales confesiones. Los negocios mas antiguos, de la propia suerte que las aventuras mas modernas, hubiesen ido saliendo todas una á una, y aun no hubiera acabado su maldito rosario. ¡Ola! ¡oh! ¡á mí! ¡socorro! ¡al asesino! ¡socorro! ¡Oh! ¡á mí! ¡Stephen, Robin, James! ¡á mí! ¡socorro! Y á la par que continuó prorumpiendo en penetrantes gritos, sacó de la vaina la espada de Greville y la tiró al lado del cuerpo. Después de esto, corrió á la puerta y abrióla de par en par. ¡A mí! ¡socorro! ¡Arriba todos!... ¡arriba digo!... Me asentan en mi propia casa.»

—«Mirad, exclamó, en cuanto los criados, salidos á medio vestir del lecho, acudieron, asustados y despertados por el pistolazo y por sus gritos. Ese miserable, no contento con haberme querido arrancar el dinero esta noche, me ha arremedido de súbito espada en mano, y hubiérame asesinado, á no caberme la fortuna de apoderarme de una de sus pistolas y de matarlo en el acto.»

Un profundo silencio mezclado de espanto reinó durante el resto todo de la noche en Marstoke-House, silencio únicamente interrumpido por el ruido de la nieve lanzada en gruesos copos contra los vidrios, y por las rúlagas de un helado viento de invierno. Los criados, hombres y mujeres, á quienes el estrépito del tiro y los gritos de su amo habían arrancado de sus lechos, se hallaban apiñados los unos contra los otros en la cocina, en donde, después de haber encendido el fuego, se comunicaban en voz baja las sospechas y las suposiciones á que había dado lugar tan extraño suceso.

En aquellos tiempos de espanto y de daga, un hombre muerto en una casa de campo no era un acontecimiento tan raro que originase excesiva confusión y espanto.

No obstante, una muerte tan extraña como la de aquel hombre, que había recibido un tiro, en medio de la noche, y al lado del hogar mismo en que, tan cortos momentos antes, se le había visto vaciar la copa de la amistad con su huésped, una muerte de semejante especie no pasó del todo por natural, ni sin que diera margen á bastantes comentarios.

Por su parte, el principal actor de tan horrible drama se paseaba del uno al otro extremo de su aposento, al cual se había retirado después de haber ordenado que se dejara el cuerpo de la víctima exactamente de la propia manera que lo habían hallado los criados cuando acudieron en socorro de su señor.

—«Mi estrella, se decía, como examinando en su interior la acción que acababa de cometer, mi estrella está aun en su creciente, puesto que mi ángel bueno, ó mi ángel malo si se quiere, poco me importa cual de ellos sea, me ha enviado aquí á ese miserable floricon, desembarazándome de la inquietud y de la desconfianza que me inspiraba hace mucho tiempo.»

Estas felicitaciones que á sí mismo se hacia maese Oldcraft fueron de súbito interrumpidas por las pisadas de al-

gunos caballos que pasaban rápidamente por debajo de la ventana de su aposento; puso fin á su soliloquio, apagó inmediatamente la lámpara que ardia sobre la mesa colocada al lado de su lecho, y, aproximándose á la ventana, entreabrió con precaución uno de los postigos, y se puso á mirar hacia fuera.

Comenzaba á pintar el día, y vió una pequeña partida como de diez hombres que doblaba á la sazón el ángulo del edificio. Dirigíanse hacia el patio principal, y apenas tuvo tiempo para entrever lo brillante de sus botas, cuando desaparecieron por detrás de una de las torres que flanqueaba el viejo caserío, dirigiéndose hacia la entrada principal.

En otro tiempo, á principios del reinado de Henrique VIII, había sido Marstoke-House un establecimiento religioso, habitado por una santa comunidad de carmelitas. En la actualidad se hallaba únicamente habitado por maese Oldcraft y por sus criados, reducidos en número, que únicamente ocupaban parte de un ala; y como quiera que fuese mal visto y poco estimado en la vecindad, tenía siempre la quinta un aspecto triste y solitario, aun en sus mas festivos días. Por el lado habitado de la casa, había al estremo del jardín un gran molino de agua, que había pertenecido en otro tiempo al monasterio. En la actualidad se hallaba ocupado por un tal Jenden, molinero, que lo hacia trabajar.

En el parque, en las tierras de labor y en los prados situados al otro lado del molino, había muchos estanques deliciosamente sombreados por la proyección de las ramas de árboles gigantescos y separados por una especie de divisiones ó calles que servían para pescar con red ó para desecar aquellos viveros. Antiguamente, casi todas las abadías, castillos ó quitas, tenían sus estanques ó viveros para el abastecimiento de la casa.

Cu no sé qué hubo de herir el corazón del culpable cuando se pusieron los ginetes en batalla, pidiendo con grande estrépito que les franqueasen la entrada; opinó que la llegada de los soldados podía tener alguna relación con las últimas fechorías de Greville, y aun que él mismo quizá no sería extraño á ella. Esperimentó una opresión de alma cuando oyó los repetidos golpes que daban á su puerta principal, y muy pronto, aun cuando de todo punto ajeño al misero, se sintió presa de unas palpaciones que le embargaron la fuerza toda. No obstante, bien pronto dueño otra vez de toda su energía, lanzóse fuera de su habitación y caminando á tientas por el corredor, gritó á sus criados que no descorsiesen los cerrojos á las puertas antes de que se hubiera él asegurado de qué era lo que pretendían aquellas gentes. Empero, la orden había llegado demasiado tarde, porque la puerta había sido abierta con tanta mas prontitud, cuanto que el jefe de la tropa había intimado que abriesen á nombre de la reina, anunciando que era portador de una orden de prisión contra el llamado Nicolás Oldcraft, acusado de asesinato de sir William Marstoke de Marstoke-Hall.

Maese Oldcraft había entendido mal estas terribles palabras en el momento de penetrar en el salon, pero no se detuvo mas por ello, y, de la propia suerte que otros muchos tanto ó mas valientes que él, rehuyó el peligro que se le acercaba, y volviéndose á su cuarto después de haber cerrado la puerta, arrojó un tablero de corredera sobre el enmaderamiento de detrás de su lecho, y por allí descendió al jardín desde el cual esperaba irse á ocultar en el molino, ó escaparse por los estanques que se hallaban á su espalda.

La persecución duró mucho menos tiempo de lo que él se prometía, pues que se apercibió al avanzar cortísimo espacio por el jardín de que se hallaba ya el molino ocupado por muchos soldados que habían penetrado en la casa. No obstante, el molino era su única áncora de salvación, y deslizándose por una calle sombría que iba á lo largo del riachuelo, trató de llegar á él. El molinero, que se hallaba de pie cerca de la puerta, oía con la boca abierta la relación que le hacía uno de los hombres de armas de Warwick. Al llegar Oldcraft al estremo de aquella calle, no teniendo nada que temer, el fugitivo atravesó el maderamen sin promover el mas leve ruido, y como quiera que el molino se hallase parado no titubeó un segundo en ocultarse en la rueda.

—«A la verdad que son nuevas bien extrañas, decía el robusto molinero atravesando la plataforma; y que vivimos



en bien estraños tiempos. ¡Ah! constable, siempre habia yo dicho que no era Oldcraft de lo mejor del mundo. Nunca he querido á ese hombre, y en cuanto á su mujer... ¡bah! en este punto me callaré, porque nada de esto me importa; así que, voy á hacer lo que únicamente me interesa.»

Y así diciendo, se adelantó el molinero y dió agua al molino. Inmediatamente se sintió salir un grito penetrante de en medio de las aguas que hervían debajo de él. El molinero, de todo punto alarmado, obró con ligereza summa, paró el agua y se detuvo la rueda, pero era demasiado tarde, y el cuerpo del desgraciado Oldcraft seccionado en dos, flotaba ya en medio de las espumantes olas, arrastrado por la corriente.

Aun cuando este cuento pueda aparecer como extraordinario, se halla atestado por los cronistas. El espresado testamento fue dictado por el asesino que, introduciéndose en el lecho al lado del cadáver de su víctima, hizo el papel de testador en presencia de todos los de la casa, sin que concibiese ninguno de los espectadores la menor sospecha de fraude. Además la circunstancia de un hombre escondido en la rueda de un molino y dividido en dos, no es una ficción. Lo que sí no se cuidaron de referir los cronistas es, que la víctima de Gréville era católico, por lo cual, aun cuando Oldcraft hubiese protegido el crimen, la providencia se hubiera encargado de su venganza.

DEL ESTADO QUE ALCANZAN LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS EN ESPAÑA, Y APUNTES CRÍTICOS SOBRE LAS OBRAS DE ESTE GÉNERO NUEVAMENTE PUBLICADAS.

#### ARTÍCULO III (4).

Corriendo el año de 1844 dió á luz un primer tomo de historia de la última regencia el señor don Joaquín Francisco Pacheco, literato y escritor tan conocido del público que en valle amontonábamos palabras para elogiarle: su reputación está ya hecha: su nombre raya tan alto, que casi sería temeridad nuestra el poner en tela de juicio el mérito de una obra salida de sus manos. Pero cúmprenos hacer notar en este punto, que no conocemos escritor alguno que sepa como el señor Pacheco narrar con imparcialidad y juzgar sin pasión los acontecimientos contemporáneos. No sólo del talento, del carácter mas bien del hombre seamos este íntimo convencimiento. Porque talento no faltó ciertamente en Thiers, en Lamartine, en Luis Blanc, y ninguno de ellos ha podido arrancar de su criterio histórico, toda huella de simpatía ó antipatía personal hablando de los sucesos que han pasado á sus ojos ó han influido directamente en las cosas actuales. Se necesita para ello un particular temple de alma; una conciencia fría y enérgica, un dominio propio que está al alcance de pocas personas. El señor Pacheco es el hombre de tales cualidades: es repetimos el escritor en quien mas aptitud reconocemos para referir y juzgar sucesos contemporáneos. Ya que admiten nuestras costumbres este peligroso género de historia, ya que los vivos han de escuchar la sentencia que debe seguirlos mas allá de la tumba; sean los inconvenientes los menos posibles, escriban hombres como el señor Pacheco, historias como esta de la regencia de doña María Cristina.

Bien da á conocer lo que llevamos asentado la lectura del primer tomo: es una introducción mera de su obra, y Godoy y Fernando VII, Aranjuez y Bayona, las Cortes de 1812 y los realistas de 1814, el trienio de libertad que vino á covar Angulema, y el despotismo de diez años en que terminó su reinado el príncipe deseado, se encuentran descritos, ó mas bien puestos de relieve, con ejecución maestra y tan severa justicia que causa admiración el verlo. Ya era tiempo en verdad de que cayera la luz sobre ciertos sucesos envueltos en tinieblas por el encontrado espíritu de las diversas facciones y partidos. Todos ellos son tratados como merecen sus faltas que á la verdad son grandes; pero sin aspereza, sin pasión, y sin embargo recordamos haber oído lamentarse al autor de ciertas calificaciones duras en su sentir, que atribuye al ardor inconsiderado de su juventud, porque joven era todavía el señor Pacheco cuando dió á luz este primer tomo

de su historia: dureza como aquella quisieramos ver en todos los libros de cosas contemporáneas, tal inconsideración juvenil desearíamos que hubiesen empleado en sus juicios, hombres tales como Thiers, Lamartine y Luis-Blanc.—Por lo demas la historia de la regencia de doña María Cristina permanece ahora suspendida si no son exactos nuestros informes; ojalá pueda su autor anudar pronto estas tareas y llevarlas al buen término que esperamos.—También hemos oído que piensa escribir una historia de la monarquía goda en España, trabajo importantísimo que desempeñado con el acierto que la introducción al fuero-juzgo escrito últimamente por el mismo señor Pacheco para los códigos de la *Publicidad*, dará á su autor mucha gloria y enriquecerá nuestras letras con un tesoro de mas.

El Sr. Quinto, ha dado á la estampa en este mismo año un libro histórico que juntará gran reputación á su nombre.—Desde que las ideas democráticas comenzaron á agitarse en España, fué dogma de la ciencia política que en la antigua constitucion de Aragón el Rey era jurado de los ricos hombres con esta fórmula: *Nos que valemos tanto como vos y que podemos mas que vos os nombramos Rey con tales condiciones y sino nó.* Transmitido á nosotros por libros extranjeros antes que por los naturales; viniendo con todo aparato de novedad, trayéndolo gran comodidad á cierta escuela para comprobar históricamente sus teorías; tal fórmula fué grandemente popularizada y vivió con general crédito largos años. Sia que demos sobrada importancia á tales palabras; sin juzgar favorecida ni amenguada ninguna opinion política, porque hayan ó nó sido pronunciadas en juramentos reales; fuerza es reconocer que la aclaración y resolución de este punto histórico era conveniente y aun necesaria: acometió esta empresa el señor Quinto ya académico de la historia, y bien conocido por sus trabajos en el mundo de las letras.—Sagacidad, discrecion, copiosos datos, erudicion estensa; nada le faltaba al autor para llevarla á buen término; y sin embargo, fuerza es decirlo, quedó harto dudosa la importancia de su trabajo, dejándolo incompleto por una parte, sobradamente estendido por otra.

Si el señor Quinto queria probar solamente que la fórmula del juramento *Nos que valemos tanto como vos no se ha aplicado jamás á la coronacion de los monarcas aragoneses*, cumplió perfectamente su empeño: despues de haber leído su libro es imposible sostener la contraria doctrina.—Ya en otra ocasion nos ocupamos extensamente de este libro y dirémoslo, no de propia vanagloria sino por encarecimiento del señor Quinto: nada se ha podido criticar en él despues de lo que nosotros criticamos: cuantos esfuerzos se han hecho para contradecir su doctrina y sostener la verdad de tal fórmula de juramento, aun siendo muy eruditos no han dejado de ser infructuosos enteramente. El autor ha probado con riguroso criticismo histórico que ningun testimonio digno de crédito puede alegar la opinion contraria: ha descubierto el punto mismo donde ha nacido el error, lo ha seguido por todas partes hasta nuestros dias, viéndole cambiar de término frecuentemente, ahora encopiéndose, ahora ensanchándose al compás de los tiempos; ha demostrado tambien que las mismas palabras de la fórmula, son de estraña cosecha y que en la lengua de Aragón no han podido nunca decirse.—Tal juicio, tal erudicion ha mostrado el señor Quinto en todo esto que las mas apasionados y severos, al refutarle comenzarán siempre por admirar su obra.—Pero no sólo que la fórmula era supuesta quiso probar el señor Quinto: su espíritu, exaltado con la evidencia de lo que veía, quiso mirar mas allá; pasó los límites de la verdad misma que acababa de descubrir, y perdido y vaeante recorrió un camino amplísimo que estaba fuera de su ánimo deliberado y fuera por consiguiente de sus medios actuales de investigacion. Resbalóse el señor Quinto al querer probar que la fórmula no pudo existir por bullarse en contradiccion con el espíritu del país y el carácter general de los siglos medios. Trabajó mas grande se necesitaba para esto que no para la primera empresa; y el autor olvidó que no lo tenía hecho. Nosotros creemos lo contrario de lo que cree en este punto el señor Quinto: sostenemos que la fórmula del *Nos que valemos tanto como vos* estaba en el carácter, en el corazón de los aragoneses; y en nuestra opinion detenidamente reflexionada, *Holman* el célebre autor de la *Franco Gallia* á quien esta invencion se atribuye, no hizo otra cosa que reducir á principio y poner en sentencia la doctrina profundamente

(4) Entre las muchas erratas que sacó el artículo anterior por causa de la mudanza, debe contarse en primer lugar el haberla puesto al frente «primero» en vez de «segundo».

liberal separada en las instituciones y en los hechos prácticos, en las crónicas antiguas, en la tradición general del país. No pretendemos sin embargo, criticar en la obra del señor Quinto como malo lo que es diverso de nuestra opinión por solo serlo: en otro lugar hemos discutido ya esto con alguna extensión.—Pero aun manteniendo la opinión que el señor Quinto mantiene, siempre hallaríamos floja y descuidada esta parte de su libro.—No dice en defensa de su opinión todo lo que debería decir, una vez resuelto á defenderla: toca superficialmente este punto importantísimo quien tanta conciencia puso y tal copia de erudición supo hallar para convencernos de que la fórmula del *Nos que vamos como nos* no se ha empleado jamás en la coronación de los reyes aragoneses. Esto no puede atribuirse sino á la causa que de alemano dejamos señalada: acuso el objeto principal del señor Quinto, era probar que no hubo tal fórmula; no que era imposible que la hubiera habido; no que la constitución aragonesa dejara de ser aristocrática y extraordinariamente restrictiva del poder real; no que los soberanos fueron casi absolutos en aquella antigua corona. Lo primero lo ha probado tan bien el autor que pasará á ser dogma de la ciencia histórica dejándole al paso grande y legítima nominación, mas aun que nacional extranjera; lo segundo no ha podido probarlo: ha quedado á medio tratar en su obra; se ve que ha habido en ello precipitación, incertidumbre. Por esta última consideración hemos dicho que quedaba en duda la importancia absoluta de esta obra: que había quedado incompleta.

Mas modernamente aun que la obra del señor Quinto han salido á la estampa algunos capítulos de la grande obra de historia que de orden del gobierno y con su apoyo inmediato, trabaja y escribe lenta y concienzudamente el señor Estévez Calderon conocido en las bellas letras con el pseudónimo del *Salitario*. Aparte de sus bellos cuadros de costumbres y del inimitable estilo clásico de sus obras, era ya conocido el señor Calderon como buen escritor de historia, por un libro impreso en 1844 con el título de *Manual del oficial en Marruecos*. Si el pensamiento del autor al escribir este libro no fué hacer una historia, por tal debían contarse sin embargo los capítulos en que relata las gloriosas entradas y expediciones de los españoles al Africa con la descripción de la batalla funesta de Alcázar que no fuera desdeñada de Tito Livio y un resumen breve pero verídico y palpante de los hechos y hazanas que han llevado á cabo los marroquíes en todos tiempos, de sus diversas sujeciones y dinastías que los han gobernado, de las guerras civiles que los han atigido, y en fin de cuanto puede contentar la curiosidad mas estromada. Obra toda ella de gran erudición y novedad, escrita en hermoso estilo y que es lástima que el autor no levantara á las proporciones de verdadera historia. La academia premió tambien este trabajo importante con admitir en su seno al señor Calderon. Pero el libro de que vamos á ocuparnos y de que solo han visto algunos capítulos la luz pública, se titula historia de la *Infantería Española*, y en él se ha propuesto el autor levantar un monumento de gloria á nuestra milicia, dejando altos ejemplos que estudiar é imitar á la belicosa juventud que empuña en adelante las armas de la patria: si por la ejecución mereca gloria grande el señor Calderon, no menor deberá tocarle al ministro que concibió tal pensamiento y á todos los que despues han protegido su realizacion. La obra se anunció desde su principio tal como deberá ser, tal como podía esperarse que fuera.

Cuando en nuestra niñez llevados de sed de poesía ojeábamos las *Orientales* de Victor Hugo, solíamos detener los ojos en una página: pararnos á meditar sobre un breve renglon castellano puesto al frente del canto del Muñi. Aquel renglon decía: *Hierro despiértate*, y el autor francés había puesto por debajo *grito de guerra de los almogábares*. Aquella enérgica esclamacion de que no guarda semejanzas la historia: aquel idioma en que estaba escrita nos llenaba de orgullo, era cosa de España: era un tributo pagado por el extranjero á una de nuestras glorias mayores. Pero nosotros ignorábamos aun dónde, en qué ocasión, por qué gentes se había dado tal grito de guerra: *hierro despiértate*. Recorriamos con la mente toda nuestra historia y no lo hallábamos en ninguna parte: hasta el nombre de almogábares nos era desconocido. Habíamos nacido en tierra de la antigua corona de Castilla, y la historia de esta provincia era para nosotros la historia entera de España. Ya señalamos este error comun en nuestro primer artículo.

Pero en verdad que aun siendo aragoneses no habríamos tenido por qué conocer á los almogábares tales como fueron. Tambien han tratado con desprecio este punto los descendientes de los conquistadores de Sicilia y de Atenas, triunfantes en Europa y en Africa y en las fronteras de Asia contra todo linaje de enemigos. Un libro precioso reimpresso á fines del siglo pasado cuando tantas buenas obras ya olvidadas tornaron á ver la luz pública, la *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* de don Francisco de Moncada por ser de comun adquisicion, que anda en manos de todos, parece que debería haber remediado en alguna parte este olvido verdaderamente vergonzoso. Pero Moncada no hizo otra cosa que darnos á conocer una de sus campañas: el origen de los almogábares lo decida erradamente, de su organizacion militar, de su modo de combatir, armas y vestiduras que llevaban, costumbres que seguian y hazanas que ejecutaron antes de pasar á las regiones de Oriente, nada dice, ni dá á entender tampoco que de esto hubiese estudiado. Por lo mismo las hazanas maravillosas que nos refiere en su libro pierden mucho interés del que parece debieran inspirar á todos los lectores españoles: el ánimo se siente inclinado á tomar tales hechos por fábulas ó exageraciones de aquellos siglos apartados. Leída pues, con indiferencia, conservada de pocos en la memoria, la hermosa relacion de Moncada, si con altos y conocidos quilates literarios, ha tenido hasta aquí poquísima importancia histórica. El comun de las gentes en España, aun en las clases mas ilustradas, aun en sus mejores personificaciones literarias, ha desconocido hasta este punto la importancia de ese recuerdo, de esa gloria militar de nuestro país que ha alcanzado pocos rivales en el mundo. Quizá no hayamos sido nosotros los primeros que hayan tenido fijos los ojos por largo espacio en la página donde estampa Victor Hugo el *hierro despiértate*; y al volver lentamente aquella hoja hayan pensado como nosotros que si ese soberbio grito es español y si representa toda una historia de orgullo y de grandeza, debiera ponerse mas al alcance de todos para que niños ni ancianos, nadie en fin lo desconociese en España. (Concluirá).

ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO.

## LA SED DE ORO.

GDA.

Que nos tuerca la cara,  
Cuanto pesa mas al alma avar.  
Pa. Lira de Itos.

De rosas y jacintos  
Enlaza tu alba cuello;  
Adórnate, u uchacha,  
Y al baile acude presto.  
Írimate en buen hora,  
Algun avaro viejo,  
Que tú eres inocente,  
Y son taimados ellos.  
¡Con cuánto afán y susto  
Aquél varon sin seso  
Doblonos amontona,  
Entierra en rudo encierro.  
¿No ves en su semblante  
Rugoso, macilento,  
Sentada la codicia,  
Luchando los recelos?  
Un soplo le amedrenta,  
Un ¡ay! se le hace trueno;  
Espántale su sombra,  
Y tiembla al menor eco.  
Ni come, ni descansa;  
Si duerme, horribles sueños  
Le ciñen de fantasmas  
Que asaltan su dinero.  
El néctar de las vides  
Precioso don del cielo,  
Jamás su pecho ensancha,  
Jamás borró su ceño,  
Mas no le dan de valde,  
Ni él pone á nada precio;  
Ni en vaso en que libra  
Su amigo, halla el contento,

Pues vaya lejos, vaya,  
Con su codicia necio,  
Y mas tesoros junta  
Que tuvo nunca Creso.

Yo en mas que sus metales  
Un dulce brindis tengo;  
Y si él doblones guarda,  
Alegre como yo bebo.

¿Mas cuántos años cuenta

El Tántalo ese nuevo?

¡Ay! solo cuatro lustros

Le faltan para ciento.

¿Y es este el baron sabio

Que sábios quiere hacernos,

Sin ver que ya la tierra

Le está la fosa abriendo?

De rosas y jacintos

Enlaza tu albo cuello;

Adórnate, muchacha,

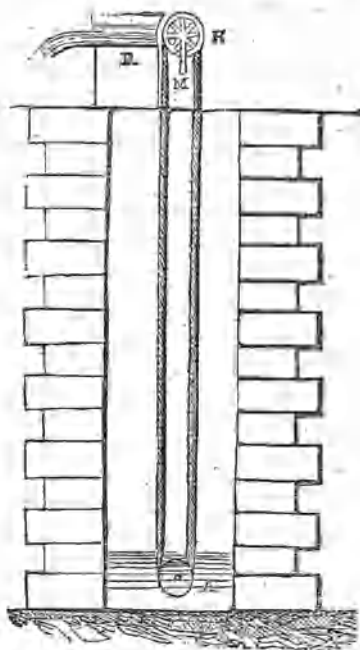
Y al baile acude presto.

FRANCISCO DE LAIGLESIA Y DARRAC.

**Solucion de las cuestiones propuestas en el número anterior.**

I. Por estraña que haya parecido nuestra primera cuestion, no deja sin embargo de ser susceptible de una solucion tan sencilla como la que á continuacion estampamos:

Atense una á otra dos estremidades de la cuerda, de suerte que resulte de ella una cuerda sin fin: arrólesela en la garganta de la polea superior B colocada en el brocal del pozo, y, para mantenerla en un grado de tencion conveniente, enróllese tambien la parte inferior de la misma cuerda en una segunda polea. A movable alrededor de un eje fijo, y sumergida en el agua, de la propia suerte que lo representa la figura. Imprímase despues un movimiento de rotacion rápida á la polea B por medio del manubrio M; la cuerda, enrollándose sucesivamente alrededor de las poleas A y B que giran alrededor de sus ejes, arrastran consigo del fondo del pozo una cantidad bastante notable de agua, que podrá ser arrojada y recibida en su receptaculo R, colocado en la parte superior del pozo, un poco mas abajo del punto mas elevado que toque la roca.



A esta máquina, tan singular por su propia sencillez, se le ha aplicado el nombre de Vera, cartero de París, que concibió semejante idea al ver la gran cantidad de agua que arrastraba en pos de sí, entre sus asperezas, una cuerda que sacaban del Sena. Se concibe que puede hacer

muy buenos servicios en ciertas circunstancias particulares, especialmente en el caso de que llegasen á faltar vasos á propósito para la elevacion del agua. Mas, tambien es cierto que su efecto útil, que su rendimiento de agua, es muy corto en relacion á la fuerza empleada.

Lalande refiere, en su historia de las matemáticas de Montaña, que habiendo sido empleada la máquina de Vera, en las cabeceras de Courbevoie, elevaron dos hombres en seis minutos 274 litros de agua, á cerca de 27 metros de altura. Pero este guarismo es evidentemente exagerado, en atencion á que fué el resultado de un experimento de cortísima duracion, y en el cual el esfuerzo empleado era muy superior á lo que lo sería durante todo un dia. En efecto, el trabajo de cada uno de estos obreros hubiera producido en un dia de ocho horas la elevacion de 293,920 litros á 1 metro de altura, y este número va mas allá seguramente en mas de dos tercios de lo que representa la fuerza que puede gastar un peon, empleando su esfuerzo durante el mismo tiempo en una manivela. Ademas sería necesario, valiéndose de la máquina para elevar agua, gastar mas de un tercio de la fuerza en ponerla en movimiento.

Otro experimento citado por el propio autor, dá un resultado mucho mas aproximado á la posibilidad, aunque todavia escepcionalmente grande para el trabajo de un dia entero. «En el estremo de la calle de l'Arcade-Saint-Honore, en la inspeccion del Petite-Pologne, dice Lalande, bastaban diez y seis cadenas de hierro para elevar á 6 metros de altura, cerca de 7 metros cúbicos de agua por hora.» Les fué posible suprimir la polea inferior, que no sirve sino para sostener la tension de las cuerdas ordinarias. Este trabajo equivale á la elevacion de 168,000 litros á un metro de altura en ocho horas; lo cual es aun un tercio mas de lo que produciria un peon trabajando incesantemente con la mejor máquina hidráulica por medio de una manivela.

La invencion de Vera valió á su autor la aprobacion universal y una gratificacion de 2,400 francos. Hízose aplicacion de ella en las demas naciones, y aun en Inglaterra. El célebre fisico Deluc mandó colocar una en un pozo de 55 metros de profundidad, cerca del palacio de Windsor. La cuerda se enrollaba en la parte superior en una polea de hierro de un metro de diámetro, colocado en el eje de la manivela con una rueda emplomada que servia de volante; la polea de abajo fué suprimida, porque se reconocia que era inútil en verificándose con cierta rapidez la rotacion. El agua subia en abundancia.

No obstante todos estos experimentos que la fueron tan favorables, la máquina de Vera no suele figurar hoy sino como una curiosidad de escasa aplicacion en los libros de ensenanza ó en las esplicaciones de los cursos de física y mecánica.

II. Hay una infinidad de procedimientos para resolver esta cuestion. Hé aquí uno elegido entre los mas sencillos.

Mandélese á la persona que ha pensado el número que lo triplique, y despues que tome la mitad exacta de este triplio, si es par, ó la mitad mas grande posible, si no puede verificarse la division con exactitud. En seguida se volverá á hacer triplicar esta mitad, y se preguntará cuantas veces se halla comprendido el número 9 en el resultado. El número pensado será el doble, si ha podido verificarse la division por la mitad; pero, si el triple del número buscado era impar, habrá que añadirle la unidad. Así por ejemplo, sea 5 el número que haya que adivinar, su triplio es 15, cuya mitad mas grande es 8; el triplio de 8 es 24 en el que se halla contenido dos veces 9. El número pensado es por lo tanto el doble de 2 ó 4, añadido en 1 ó sea la unidad.

#### AVISO.

El trastorno que ha ocasionado en la marcha normal del SEMANARIO, la organizacion de un establecimiento tipográfico en el mismo local en que se encuentran las oficinas del periódico, ha sido causa de que en los últimos números se deslicen algunas faltas inevitables, para las cuales demandamos la indulgencia de nuestros constantes favorecedores.